



JJ BENÍTEZ

PACTOS
Y SEÑALES

«CASI» UNAS MEMORIAS

Pactos y señales prosigue la titánica senda investigadora que J. J. Benítez emprendió hace más de cuatro décadas: probar la existencia del más allá. A partir de los pactos establecidos en vida entre dos personas, y la muestra explícita en forma de señales que nos llegan a través del universo, y que uno de los dos, ya en el más allá, manifiesta al otro como prueba irrefutable de que hay vida después de la muerte.

Cada capítulo está dedicado a exponer un caso que, como es habitual en las obras de J. J. Benítez, se basa en sorprendentes testimonios. Más de doscientas pruebas de personas que han recibido y sabido interpretar estas señales y que nos enseñan a reconocerlas para dar sentido a nuestras vidas.

Así, veremos que las señales son muy diversas tanto como su significado, y que cada persona alberga el poder para interpretarlas de manera correcta. Estos mensajes nos alertan de peligros o nos encaminan hacia una dirección correcta. En definitiva, un libro que nos ofrece las claves para interpretar los mensajes que nos llegan constantemente y que nos indican cómo seguir en la senda de la felicidad y la plenitud.

*Al doctor Larrazabal,
mi querido y admirado maestro.
Él me ayuda a caminar*

Hay otra realidad, no sujeta al tiempo ni al espacio,
que nos contempla, divertida.

J. J. BENÍTEZ

Nada de lo que vemos nos pertenece; mucho menos lo
que no vemos.

J. J. BENÍTEZ

El detector de ondas gravitacionales GEO 600, de Hanover
(Alemania), apunta la posibilidad de que nuestro universo
no sea otra cosa que un holograma. La realidad, por tanto,
estaría más allá.

J. J. BENÍTEZ

La teoría «M» indica la existencia de trillones de universos
paralelos en los que sucede lo posible y lo imposible.

J. J. BENÍTEZ

Los hechos no pueden ser negados porque no sean cohe-
rentes con las teorías científicas.

PIM VAN LOMMEL

Quizá los sueños más improbables no sean, después de to-
do, más que los preludios necesarios de la verdad.

TENNYSON

Para conocer todo es necesario conocer muy poco; pero
para conocer ese muy poco, uno, antes, debe conocer mu-
cho.

GEORGES GURDJIEFF

En cierta ocasión leí: «El 5 de diciembre de 1664 se hundió un barco frente a las costas de Gales. Murieron ochenta pasajeros. El único superviviente se llamaba Hugh Williams. El 5 de diciembre de 1785 se hundió otro barco. Sólo se salvó un hombre: Hugh Williams. El 5 de agosto de 1860 se hundió un tercer buque. Hubo un único superviviente: Hugh Williams». Yo tampoco creo en la casualidad...

J. J. BENÍTEZ

La conciencia (me gusta más la palabra «alma») es holográfica; cada unidad tiene conocimiento del total.

ALAN VAUGHAN

Prefiero «señal» a «sincronicidad». Ésta es lejana, vacía y huérfana.

J. J. BENÍTEZ

Un hecho aislado puede derribar un sistema.

FREDERIK VAN EEDEN

No hay nada tan molesto como una nueva idea.

IAN STEVENSON

El mundo —ahora lo sé— funciona con señales. Dios, el Padre, las proporciona, aunque no las solicitemos.

Jordán. Caballo de Troya 8

Por razones de seguridad, algunos nombres, fechas y emplazamientos han sido modificados.



Pactos y señales (en realidad *Cuadernos de pactos y señales*) nació a raíz de mis investigaciones sobre los «resucitados»^[1]. Tras muchos años de pesquisas llegué a la certeza de que «el más allá» existe^[2]. La vida que conocemos no es la única realidad...

Pues bien, el siguiente paso fue inevitable. Alguien (con mayúscula) controla ambas realidades: el más acá y el más allá.

Y me pregunté: ¿podría comunicarme con ese Alguien?

Fue así, lenta y progresivamente, como fui descubriendo el apasionante «juego» (?) de los «pactos» y de las «señales».

Y así amaneció una colección de cuadernos en la que, durante años, he ido registrando, con detalle, mis aventuras con la Divinidad.

Hoy, 1 de septiembre de 2013, es el momento de hacer pública parte de dicha colección de cuadernos. Y debo hacer otra aclaración: no es mi intención convencer a nadie de nada. Sólo busco liberarme.

Pero ¿qué entiendo por «pactos y señales»?

Empezaré por las señales. Y lo haré con un suceso que habla por sí solo^[3].



Aquél viernes, 25 de septiembre de 1992, se presentó lindo, con una visibilidad media de 12,2 kilómetros.

Respiré hondo.

Me sentía bien.

Y a las ocho de la mañana me dispuse a proseguir las investigaciones ovni, iniciadas días atrás.

Me encontraba en Murcia capital.

Mi intención era simple: viajar a Albacete y proseguir las pesquisas.

Pero, no sé cómo, me equivoqué de carretera. En lugar de circular hacia el norte me dirigí al este.

Cuando me di cuenta, como digo, rodaba en dirección a Alicante.

¿Qué había ocurrido?

Había hecho esta ruta infinidad de veces... En los años sesenta, incluso, trabajé en el diario *La Verdad*, de Murcia. Conocía la zona.

Pues no. El Destino tenía otros planes...

Traté de encontrar una salida y recuperar el rumbo correcto. La fuerza que siempre me acompaña no lo permitió...

Poco después alcanzaba la ciudad de Alicante. Por más vueltas que le di en la cabeza no lo entendí. Como decía mi tío Juliana, soy torpísimo...

Me resigné y modifiqué los planes. En Alicante también había asuntos que resolver.

Según consta en el correspondiente cuaderno de campo, a eso de las 10 horas y 20 minutos entraba en el Archivo de la ciudad, en la calle Labradores. Consultaría una serie de periódicos locales.

A lo largo de esa mañana hice algunos cálculos, consulté el mapa de carreteras, y tomé la decisión de viajar a Cuenca. Allí trataría de localizar a un viejo amigo: Ángel Díaz Cuéllar, destacado testigo en el célebre caso «Manises»^[4]. Pasaría la tarde en su casa, en Campillo de Alto-buey, en la referida provincia española de Cuenca. Después, ya veríamos...

Y a las 13 horas puse rumbo a Cuenca.

Me detuve en Motilla del Palancar, a escasos kilómetros del pueblo de mi amigo.

Eran las 15 horas. Llamé a casa y Blanca me dio la noticia: su padre, Ezequiel Rodríguez, había muerto esa mañana, hacia las ocho. Llevaba un mes en coma.

Mi relación con él no fue intensa, pero lo apreciaba. Era un hombre callado y observador.

Modifiqué de nuevo los planes. Tenía que regresar a Bilbao.

Marcharía hacia Tarancón y, desde allí, a la carretera N-I.

Pero el Destino estaba atentísimo y volví a perderme...

Primero en Guadalajara y, después, en Alcalá de Henares.

Lo sé. No tengo arreglo.

Cuando, al fin, hallé la comarcal que debía desembocar en la N-I, el cielo se encapotó.

Eran las 19 horas.

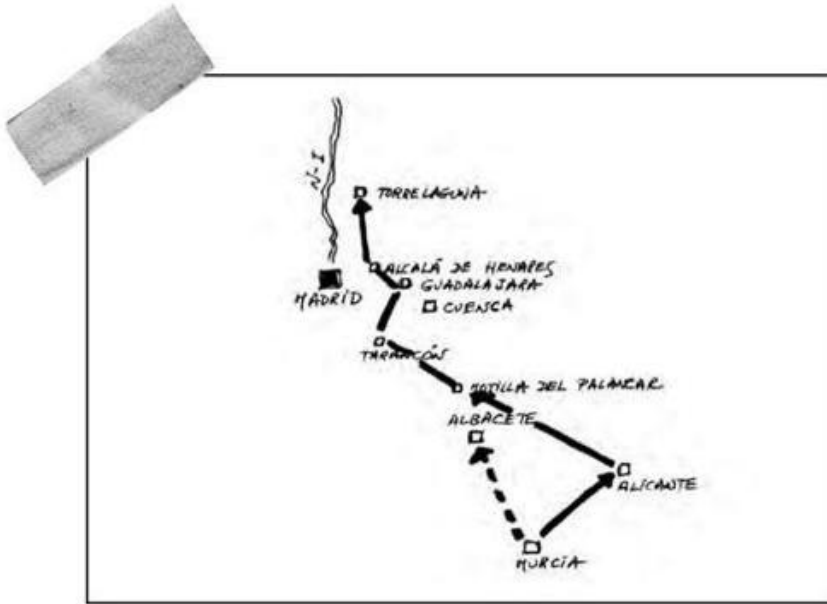
El cielo, negro como los teléfonos de antes, me miró, amenazador. Eran nubes bajas y reñidas entre ellas. Durante un rato pensé en lo extraño de aquel nubero.

En Murcia, Alicante y Cuenca, el tiempo había sido espléndido, con más de diez kilómetros de visibilidad en todo

el recorrido.

Me encogí de hombros y proseguí, atento a la carretera.

Y digo yo que fue en las proximidades de Torrelaguna, al norte de Madrid, cuando me asaltó aquella duda. Traté de espantarla. No fue posible. Allí se instaló, obstinada como el nuberío:



Itinerario seguido por J. J. Benítez el 25 de septiembre de 1992.

«¿Está vivo Ezequiel?».

¡Qué tonterías pensaba! El padre de Blanca estaba muertísimo.

«Pero ¿y si estuviera vivo?».

«Eso no es posible —argumenté—. La muerte es el final».

Y la duda se hizo más que molesta.

Finalmente acepté algo que, en un primer momento, se me antojó ridículo.

¿Y por qué no?

Solicitaría una señal.

«Si estás vivo —me dije—, házmelo saber».

Quedé perplejo.

¿Cómo era posible que mi mente —logiquísima— aceptara aquel juego?

Observé el cielo. La tormenta parecía inminente. Debía tener cuidado.



Ezequiel, padre de Blanca, me proporcionó la señal que había solicitado.

Y la idea siguió girando y girando...

«¿Y qué señal solicito?».

Las nubes casi tocaban el parabrisas.

Entonces recibí aquella idea:

«Si estás vivo —planteé—, no importa dónde, que se abra el cielo».

Y añadí:

«Ahora».

Miré a lo alto, como un perfecto idiota. Las nubes no oían mis pensamientos. ¿O sí?

Consulté el reloj.

Eran las 19 horas y 20 minutos.

Hice cálculos.



«Que se abra el cielo..., ahora». Y se abrió. (Foto: J. J. Benítez).

Con suerte, y alguna que otra parada, estaría en casa en unas cinco horas. Eso era lo importante.

Pues no. Eso no era lo importante...

Y, de pronto, las nubes se abrieron... Y surgió un cañón de luz.

El corazón me dio un vuelco.

Detuve el coche, eché mano de la cámara fotográfica y salí del vehículo.

Estaba desconcertado...

Sólo tuve tiempo de hacer una foto.

Al instante, como por arte de magia, los cielos se cerraron. Y todo fue negrura, nuevamente. Negrura allí afuera, que no en mi corazón...

Cuando quise darme cuenta, la lluvia me acariciaba, conmovida.

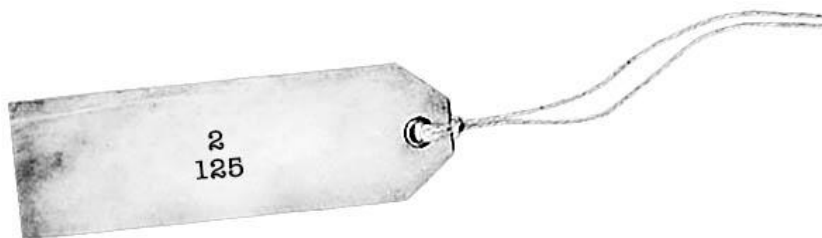
«Pobre investigador...».

Llegué a casa cansado y aturdido.

¡Ezequiel estaba vivo!

Después caí en la cuenta: de no haber sido por las tres equivocaciones en las carreteras, yo no me habría encontrado a las 19.20 en el lugar adecuado.





Paqui S. Roque también ha recibido señales, como casi todo el mundo...

Paqui vive en Madrid.

Dos de esas señales llegaron tras la muerte de su padre. He aquí, en síntesis, la primera:

Las personas que han perdido a su padre me entenderán... Yo lo simbolizo con el dibujo del árbol genealógico. Está el tronco, con sus raíces, fuertemente anclado al suelo. En ese tronco veo a mi padre y a mi madre... Al fallecer mi padre es como si un leñador hubiese dado un fuerte hachazo; tan fuerte que hace tambalear el árbol. El tronco se inclina hacia un lado. Y con ese golpe, las ramas, nosotros, sus cinco hijos, se golpean sin querer... Eso fue lo que sucedió.

El día que falleció (25 de febrero de 2002), mi padre se arregló como todas las mañanas. Pensaba salir para hacer la compra, en compañía de mi madre... Cuando se levantó hizo el siguiente comentario: «Estoy cansado... He soñado que corría mucho... Y no sé por qué...». Cuando mi madre se estaba maqui-